

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 308.

Alicante 28 de Octubre de 1876.

Año VII.

ROMERÍA.

DISCURSO DEL PADRE SANTO

A LOS

peregrinos españoles. (1)

Perteneciendo todos vosotros, queridísimos hijos, á la católica nacion española, venidos á Roma con la fé que os distingue, para venerar en sus tumbas á los Principes de los apóstoles San Pedro y San Pablo; al solo veros reconozco á mis hijos, y me viene á la mente toda aquella larga y numerosísima série de Santos que enriquecieron vuestra tierra y ennoblecieron vuestra pátria. Los mártires, derramando su sangre para confirmar la fé, los doctores con la luz de su sabiduría para iluminar el mundo, los confesores con ejemplos de celo y penitencia para hacer más refulgente la santidad, los fundadores de diversas Órdenes regulares, esparciendo por do quiera la práctica de las virtudes, todos, en fin,

(1) Tomamos este discurso, ya traducido al castellano, de la *Voce della Verità*.

No es exacto el que publicaron algunos periódicos de Madrid.

con las obras de la caridad contribuyeron á la verdadera grandeza de vuestra nacion, conservando en su seno *uno é indiviso*, merced al divino auxilio, el tesoro preciosísimo de la fé.

Ahora mismo, encontrándoos vosotros reunidos en el recinto de este gran templo, podeis reconocer las imágenes de algunos de aquellos héroes, que tanto ilustraron vuestra pátria. Dirigid la vista alrededor de estos sagrados muros; ved á Domingo, ved á Ignacio, ved á José de Calasanz, Juan de Dios, Pedro de Alcántara, y aquella heroína, milagro de su sexo, Teresa de Jesús.

Estas imágenes son de frio mármol; estas imágenes son mudas; pero representando á aquellos Santos que parece hablan todavía. Hablan con las diversas familias religiosas fundadas por ellos, que sirven á la Iglesia de varias maneras. Hablan con los grandes ejemplos dados por sus originales vivientes. Hablan con la conversion de tantos pecadores y de tantos pueblos infieles, que en Oriente y en Occidente, disipadas las tinieblas del error, abrazaron la Religion Santísima de Jesucristo. Hablan por último con los escritos y con las obras, que sirven muy á menudo de reproche hasta á los revolucionarios de hoy.

Peró á los hombres de la revolucion,

hijos carísimos, desagrada hablar de los Santos y quisieran oponer un dique á estas voces, y con burlas, y con desprecios, y con violencias, y con la misma persecucion, intentan y procuran que enmudezca la verdad. Y para dejar libre el campo y dar lugar solamente á todos aquellos que siembran errores y profanan las cosas santas, obligan al silencio á los Ministros del Santuario; y con el fin de conseguir mejor su intento, les despojan, les arrancan de sus pacíficos domicilios, y en una union de todos los demás que pertenecen á la gerarquía eclesiástica, les hacen blanco de sus mordaces palabras, del odio masónico, del desprecio de los impíos. Continúan en su perverso camino los perseguidores, pero no reparan que en manos de la Providencia son instrumentos para separar el buen grano de la cizaña, á la cual unos y otros pertenecen, y en el día designado por Dios serán reunidos en haces y arrojados al fuego *ad comburendum*.

Entre tanto los revolucionarios prosiguen y nunca se sacian de insultar á la Iglesia y de usurparla sus derechos. ¿De qué les sirve, pues, presentarles alguna de las máximas de los Santos? Por ejemplo: *Dios solo basta*, decia la gran madre Santa Teresa; pero si la sentencia se recordase á la numerosa caterva de los anticristianos, se reirian de ella, y quizá les diese motivo á blasfemar; porque á ellos no les basta nada ni se satisfacen jamás, y quisieran siempre tomar y coger más de lo que han quitado: ¿y por qué? Porque los que respiran la iniquidad, los que viven en la cueva de los malvados, que se alimentan de las cebollas de Egip-

to, que saborean las bellotas tan agradables á los animales inmundos, esos no, no pueden gustar las dulzuras de la Religion, ni contentarse con Dios.

A la vez para tomar vigor en la gran lucha se multiplican las devotas peregrinaciones (y esta que ahora tengo ante mis ojos me consuela mucho), y se aumentan las oraciones fervorosas y las obras de caridad, y el orbe católico se vuelve á Dios para aplacar su enojo y alcanzar los efectos de su misericordia. Pero estos no llegan todavía. Y, ¿por qué, hijos míos? los pecados del pueblo, y quizá tambien los míos, son los que sostienen la mano de Dios, que continúa pendiente sobre nuestras cabezas. Y dejadme que en esta circunstancia repita yo una leccion de San Pedro de Alcántara, una sentencia de oro de aquel gran milagro de penitencia, la cual explica en pocas palabras los motivos por qué el orden no vuelve aún á regular la sociedad.

La fama de santidad de este gran siervo de Dios, atraia muchos á su celda, ó para recibir consejo, ó para confiarse á sus oraciones, ó para otros saludables motivos. Iba frecuentemente á visitarle, entre otros, un ilustre caballero español, el cual quejábese siempre de los desórdenes de su época y señalaba como causa, ora á esta, ora aquella autoridad, por no tomar las justas providencias que segun él correspondian. Habiendo escuchado repetidas veces las mismas lamentaciones, el buen siervo de Dios no sabia qué hacer; al fin creyó podia contestar y dar un consejo.

«Señor, dijo un dia el buen San Pedro de Alcántara; me he postrado á los

piés de Jesucristo, y le he pedido luz para conocer lo que debía hacer para hallar el remedio y reparar los males que deplora; me he sentido inspirar lo que voy á deciros. En cuanto á mí, he prometido á Dios hacer todo cuanto de mí depende para cooperar á la consecucion del órden tan deseado. Soy superior, y con ayuda de Dios haré que todos los que pertenecen á mi jurisdiccion se conduzcan en perfecta observancia. Vigilaré el noviciado y haré que se cumpla con la mayor regularidad. Vigilaré las áulas, y procuraré que los estudios se hagan con amor y diligencia. Vigilaré la comunidad entera, y obraré de modo que la disciplina regular sea escrupulosamente guardada. Hecho esto, bien veis, señor marqués, (tal era el título del interlocutor), que en todo lo que á mí toca, conservaré el órden en la sociedad. Vos sois casado, teneis hijos, criados y colonos; trabajad, pues, con asiduidad á fin de que todos aquellos que dependen de vos cumplan exactamente con su deber, y entonces habreis cumplido plenamente el vuestro; porque es demasiado cierto que muchos son los que lamentan los desórdenes de la sociedad, pero no son muchos los que se aplican á remediar el desórden de su propia casa.»

Con esto se ve cómo cada uno debe hacer lo posible para que vuelvan los extraviados al buen camino, y cooperar para que se anticipe el dia de la divina misericordia. Es verdad que los tiempos que corren son difíciles, como es tambien verdad que los enemigos de la Iglesia son muchos y fuertes por la posicion que ocupan y por los medios de que pueden disponer; pero es verdad asimis-

mo que la union y la concordia entre los muchísimos buenos seria un obstáculo inmenso al progreso de los malvados, que les obligaria finalmente á retroceder.

Yo me acuerdo de haber hablado hace pocos años con un distinguido personaje español, que me describia cómo se hacen en algunos de vuestros pueblos las corridas de toros. Me decia cómo este robusto, fuerte y fiero animal, que nada teme, sin embargo, en ciertas ocasiones, se arredra y huye despavorido; y es cuando los lidiadores, formando un haz compacto y unidos hombro con hombro y hierro en mano, se le aproximan á paso lento. ¡Oh, queridos hijos! estemos tambien nosotros acordes y unidos bajo el estandarte de Jesucristo. Veo por aquí algunas banderas; pero la nuestra principal debē ser la Cruz. Con la Cruz en la mano y en el corazon podremos vencer á nuestros enemigos, y estrechamente enlazados haremos retroceder los toros de la revolucion, aunque sean *Taurí pingues*, la veremos abatida con la ayuda del brazo omnipotente del Señor.

¡Oh Dios mio!!! Vos veis el corazon de este pueblo escogido. Yo os suplico que levanteis vuestra diestra omnipotente y sostengais mi débil mano para poderle dar una eficaz bendiccion que le haga animoso contra todos sus enemigos, firme en la fé y unido entre sí para combatir victoriosamente vuestras batallas. Bendecid á sus pastores á fin de que con aquella doctrina, piedad y celo, que les honra, sean siempre sus guias fieles y valerosos. Bendecid sus familias en las almas y en los cuerpos, preservándolos de todo mal. Bendecid toda la España y ha-

ced que esta tierra pueda una vez más mostrarse fértil de las más preclaras virtudes.

Jesús mio, en vuestro nombre les bendigo ahora y en el momento de la muerte, para que acompañados siempre de vuestra bendición puedan un día bendeciros en el Cielo por toda la eternidad.

Benedictio, etc.

EL 2 DE NOVIEMBRE.

Mañana será la fiesta,
La fiesta de los difuntos;
Para mi jornada triste,
Pues he de llorar por muchos.

Con cirios y lindas flores
Id y adornad los sepulcros:
Yo, que habré de visitarlos,
Previniendo estoy mi luto.

En el lugar de las tumbas,
Donde las hay entre arbustos
Con flores que abre el Otoño
Para mas fúnebre lujo;

Y donde las hay cubiertas
De verde frondoso musgo,
Vivaz allí por el riego
De las lágrimas, fecundo,

Dispersas tengo cenizas
Que me reclaman tributo
De dolor, de llanto y preces;
Y á rendirlo iré, os lo juro.

Cenizas de mis mayores;
De respetables y cultos
Maestros que iluminaron
Mi razon en el estudio;

Y cenizas de mis padres,
Do alientos de amor aún busco;
Cenizas de mis hermanos,
Memorias de afecto puro;

Cenizas de mis amigos,
Ondas que en rápido curso,
Cual de un torrente, pasaban
En multitud cada lustro;

Cenizas de hermosos ángeles
Que eran mi encanto y orgullo,
(Más que en la vega las flores,
Y más que los astros fúlgidos

Allá en el éter flotantes,
En mi apartado tugurio
Ellos delicias amadas,
Mi suave imán, dulce impulso.)

Mañana será la fiesta,
La fiesta de los difuntos!
Entre las tumbas mi paso
Resonará y mi saludo.

Las flores que he de llevarles,
En mi seno las oculto,
Que solo han de verlas ellos
Y nadie más en el mundo;

Pues son misteriosas flores
Abiertas al dulce influjo
De tiernísimos acentos,
A nuestras cunas arrullo;
Ó á la presión de un abrazo
En instantes en que, juntos
Dos corazones, el fuego
Que los anima hacen mútuo;

Ó abiertas al soplo ardiente,
Con rumor ó sin murmullo,
De un beso de nuestros padres,
Ó nuestro en los labios suyos.

De flores tan peregrinas,
Que no hallais en prado alguno,
Se exhala aroma exquisito
Que en sus cálices Dios puso;

Aroma que asciende al cielo,
Y al Rey entre reyes sumo
Complace, deleita y mueve
A otorgar benigno indultos.

Dejad, dejad que en mi seno
Las guarde hasta el hora y punto
En que las lleve á las tumbas,
Del alba al primer anuncio.

Por ese aroma es la fiesta,
La fiesta de los difuntos,
Que aguardan que lo enviemos
A los pies del Trino y Uno.

Mañana iré yo á ofrecerlo
De la tarde hasta el crepúsculo,
Hasta que viertan sus luces
Los bellos astros nocturnos.

Allí cual estatua inmóvil,
Pensativo, absorto, mudo,
En severas reflexiones
Por lo pasado y futuro;

De rodillas sobre el polvo
Que del llanto dejan húmedo
Las gotas que en las mejillas
Labrando van hondo surco;

Clavados, sin ver, los ojos
De tanto llorar ya turbios,
Pues muchas lágrimas cria
En ellos el infortunio;

Clavados en dulces nombres
Que allí trazó hierro duro,
Rasgándome las entrañas
Y el corazón moribundo,

De mis flores el aroma,
Ofrenda de humilde culto
Por los muertos al Dios Santo,
Que es de las almas refugio,

Al cielo irá. Mis plegarias
Serán allí blando arrullo,
Como el soplo de las brisas
Y del céfiro el susurro.

Irán al cielo apacibles,
Sin clamores iracundos;
Que al trono de Dios no llega
El querrelloso tumulto.

Si Dios me oyere piadoso,
Las almas que en antro oscuro
Expiando estén sus culpas,
Consigan acaso el triunfo...

Su libertad en la gloria,
Que es galardón de los justos,
Limpios ya de toda mancha,
Que allá no van los impuros.

Mañana, allí, entre suspiros
Brote mi ruego, y sin número
Derrame el dolor las lágrimas
Que en mis ojos acumulo.

A las almas que la imploran,
La caridad lleve júbilo:
Llanto y ruego sois la fiesta,
La fiesta de los difuntos.

Juan Vila y Blanco.

Alicante 1.º de Noviembre de 1875.

Roma, 15 de Octubre.

Mis queridos amigos: el día de Santa Teresa de 1876 no se borrará nunca de mi memoria. Esta mañana he comulgado en San Pedro del Vaticano con todos los peregrinos españoles, y después he saludado al Papa con otros compañeros de la Juventud Católica de Madrid. Por más que el orden natural exija que hable á Vds. antes de la solemne ceremonia de la Comunión, que de la audiencia del Papa, como quiera que aún resuenan en mis oídos las dulces palabras de Pio IX, y aún brilla á mis ojos su venerable rostro, habrán de dispensarme ustedes que, arrastrado por el impulso de mi corazón, les hable ante todo del Romano Pontífice, cuya mano venerable, fuente de bendiciones, acabo de tocar con mis labios y de regar con mis lágrimas.

Yo he visto, como todo el mundo, fotografías de Pío IX; he visto retratos suyos hechos por hábiles pintores; pero sin temor de ser desmentido, les aseguro que ninguno, absolutamente ninguno, da idea exacta de su fisonomía dulce, expresiva, cariñosa y enteramente paternal del Romano Pontífice. Es imposible verle sin enternecerse y venerarle. Los años y las tribulaciones han marchitado ya esa azucena, que abatida y todo, brilla con la blancura de sus días lozanos y esparce en derredor de sí el perfume de una eterna primavera. En una hora larga que he tenido la dicha de estar á su lado, he podido percibir, hasta embriagarme de gozo, como diría nuestra Santa Doctora, ese brillo y ese perfume que dan idea de lo que debe ser el cuerpo de los justos. En el de Pío IX todo es grave y majestuoso, el andar, el accionar, los movimientos de cabeza y las miradas, todo expresa la santa dignidad del Vicario de Cristo. Pero al propio tiempo Pío IX inspira la confianza de un padre, porque su gravedad es dulce y afable, y en el majestuoso aspecto de su blanca figura hay un no sé qué de ternura y de sencillez, que encanta los corazones.

Como pueden Vds. adivinar, no he perdido ni una sola de sus palabras, y aunque la ancianidad imprime su sello en aquellos labios augustos, su voz es clara y robusta, sobre todo, cuando clavados los ojos en el cielo invoca para sus hijos la bendición del Espíritu Santo. He observado que al nombrar á la Santísima Virgen Pío IX, el Papa de la Purísima Concepción, se entiernece casi hasta derramar lágrimas. No pueden ustedes figurarse el efecto que esto causa

en el corazón de los que le escuchan. De mí sé decirles, que al oír al Papa nombrar con tanta emoción y ternura á la Virgen, el corazón se me salía del pecho y los ojos se me anegaban en llanto.

Otra de las cosas que encantan en Pío IX es la dulce resignación con que soporta sus tribulaciones. Con un acento festivo que no tiene igual en el mundo, por la mezcla de tristeza y de esperanza que le constituyen, decía esta mañana á una señora que le presentaba una cruz: «No creas que el Papa lleva solo esta cruz que me ves sobre el pecho; también lleva otra sobre la espalda.»

Después de recorrer varias salas, el Papa nos ha conducido á los que le acompañábamos á un salón de las *Lógias* de Rafael. Allí se ha sentado y nos ha hecho sentar á todos, y ha conversado sobre diferentes cosas, y principalmente sobre las glorias religiosas de España. De Santa Teresa ha dicho frases entusiastas, lo que prueba la alta estima en que Pío IX tiene á nuestra insigne doctora. La memoria del Papa no se ha debilitado con los años; recuerda nombres y fechas con una facilidad que asombra, en quien tantos y tan diferentes asuntos trata á todas horas. Como á España profesa grande amor, recuerda muy bien, no solo su lengua, sino su historia. Tan pronto como oye el nombre de alguna ciudad española, en seguida recuerda algún hecho que con ella de algún modo se relaciona. Hasta nos ha hablado hoy de los antiguos paños de Segovia, tan apreciables por la consistencia y fortaleza de su tejido. Parece mentira que un Papa de la vida y de los sufrimientos de Pío IX pueda mantener á los 84 años

esa robustez de espíritu, que lejos de decrecer aumenta cada día. No parece sino que Pío IX, al acercarse al sepulcro, vislumbra ya desde la tierra los resplandores del cielo.

Confieso á ustedes que la vista del Papa ha excedido mis esperanzas: nunca me imaginé que me causara una impresión tan profunda. Esta es, sin embargo, la impresión que causa á todos los que le visitan: no hay corazón que no se enternezca al sentir el contacto de la santidad que palpita el Pontífice mártir. ¡Quiera el cielo conservar todavía por muchos años la vida de Pío IX, que si es para él la prolongación de sus penas, para la cristiandad significa el aumento de sus esperanzas y consuelos.

Buena prueba es de esto último el espectáculo que esta mañana ofrecían los peregrinos españoles, unidos ante la Cátedra de San Pedro para recibir el pan de los ángeles. A Sacerdotes de la Basílica Vaticana hemos oído decir que nunca, ni aún en las grandes solemnidades del Concilio, habían visto reunidos en aquel inmenso templo mayor número de fieles. Pasan de 7.000 los que han comulgado; y si á esta cifra se agrega la de extranjeros y romanos que han asistido á la augusta ceremonia, bien pueden calcularse en 12 ó 14,000 personas las que esta mañana se hallaban reunidas en la iglesia de San Pedro.

El señor Arzobispo de Granada ha celebrado la Santa Misa en el altar de la Cátedra, que se halla en el ábside de la Basílica, y auxiliado de los señores Obispos de Oviedo y de Vich ha repartido por espacio de tres horas la sagrada Comunión. Por tres veces se han agotado

las formas en los copones con que las distribuían los reverendos Prelados, y ha sido preciso que los Sacerdotes que en otros altares celebraban la Santa Misa consagrarán mayor número. Bien puede asegurarse que en la Basílica Vaticana, donde tantas ceremonias magníficas y tantas fiestas edificantes y solemnes han tenido lugar en el trascurso de los siglos, la Comunión de los peregrinos españoles dejará perpétua memoria. Este es un gran consuelo que Dios concede á nuestra patria en medio de las tribulaciones que para castigo de sus pecados ha sufrido y sufre de la revolución, enemiga constante de las instituciones católicas que han formado nuestra nacionalidad y han hecho brotar sobre nuestro suelo, también regado con sangre de mártires, glorias inmortales que nos envidian las demás naciones de la tierra.

Las oraciones que esta mañana se han elevado al cielo ante el sepulcro de los Santos Apóstoles serán fecundas para España, y las bendiciones que, lleno de ternura y amor por nosotros, nos envía el Padre Santo, harán renacer en nuestro suelo esas glorias destruidas por la revolución.

¡Con cuánto gozo contemplaba yo sobre aquella apiñada muchedumbre levantarse las estatuas colosales de Santo Domingo de Guzman, el instituidor del Rosario y fundador de la Orden de Predicadores; la de San Ignacio de Loyola, Padre de la Compañía de Jesús, baluarte de la Iglesia; la de San Pedro Nolasco, el mercenario redentor de cautivos; la de San Pedro de Alcántara, el regulador de la estricta observancia en la Orden franciscana; la de San José de Calasanz,

autor de las Escuelas Pías, y por último, la de Santa Teresa de Jesús, gloria de nuestra patria, que no tiene igual en el mundo! Todos estos Santos españoles me parecía verlos palpitar esta mañana en el mármol, al oír su hermosa lengua, y bendecir con sus manos de piedra á todos sus hermanos reunidos ante la Cátedra infalible de la Iglesia, para fortalecer su corazón con el pan de los fuertes. Aquellos buenos españoles sonreían llenos de gozo desde sus efigies de mármol, al contemplar cómo renace su espíritu en España después de tantos años de ruinas y de catástrofes. Quiera Dios, y su Madre Inmaculada, que la Comunión de los peregrinos españoles en el Vaticano sea el principio de una era de restauración católica en nuestra patria.

De Vds. afectísimo, M. P. V.

Roma, 16 de Octubre.

Mis queridos amigos: Hacia muchos años que Roma no había presenciado un espectáculo como el que hoy le ha dado la peregrinación española. Desde las primeras horas de la mañana el puente de Santo Angelo estaba invadido de coches y personas, que formando una columna compacta, se dirigían al Vaticano. Después de larga soledad y silencio, esta grandiosa plaza, donde ha resonado la voz de tantos Pontífices, se ha visto tan concurrida, que hacía pensar en los felices tiempos de la dominación de los Papas. Al contemplar la animación que había en ese lugar tan santo, donde la bendición *urbi et orbi* congregaba en mejores días una muchedumbre de gentes de todos los países de la tierra, formando

un Océano de vida, de piedad y de amor en torno de la roca inquebrantable de la Iglesia; al ver brillar sobre aquella multitud de seres vivientes el sol de Roma, como un torrente de luz y de fuego que envolvía en su atmósfera á tantos corazones cristianos, he sentido, amigos míos, el noble orgullo de ser español, porque España ha sido la nación destinada á dar ese gran consuelo en su cautiverio al Vicario de Cristo en la tierra. Desde los siglos medios no se ha visto una peregrinación semejante; no parece sino que España entera ha caído sobre Roma, según la multitud de españoles que por sus calles y sus plazas circulan.

El templo de San Pedro estaba cerrado, y los peregrinos españoles hemos entrado por la puerta del palacio apostólico. A pesar de sus inmensas proporciones, la gran basilica, la mayor iglesia del mundo, parecía si no llena, al menos tan concurrida, que hacía ese efecto mirando á cierta distancia. En la gran nave del mediodía, que hace frente al aula conciliar, donde descansan los cuerpos de San Simón y San Judas, delante del altar la *Crucifixion* de San Pedro, se había levantado el trono pontificio. A las doce y cuarto se han oído resonar en las colosales bóvedas de la basilica vivas entusiastas: era el anuncio de que Su Santidad acababa de entrar en el templo por el aula conciliar. Entre una masa de peregrinos que se agrupaba por verle, el Papa ha pasado á pié hasta su trono, recomendando el silencio á los españoles, que con todo el calor de su corazón le victoreaban.

Al aparecer en el trono el entusiasmo ha llegado á su colmo. Los gritos de jú-

bilo, las demostraciones de afecto eran tales, que por un momento parecia el Vaticano un mar agitado por sublime borrasca. Restablecido el silencio, el señor Arzobispo de Granada ha dirigido su elocuente palabra al Padre Santo, pronunciando con este motivo un magnifico discurso. El sábio Prelado ha tocado los principales puntos relativos á los males que hoy sufre la Iglesia, deteniéndose principalmente, en la defensa de la soberanía pontificia, y dedicando muy sentidas frases á la pérdida de nuestra unidad religiosa. Su Santidad se ha dignado contestar en otro discurso pronunciado en italiano, que ha durado catorce minutos, encareciendo las glorias religiosas de España y recomendando la union de los buenos católicos, para hacer frente á los estragos de la impiedad.

Terminado el discurso, el Padre Santo nos ha dado su bendicion apostólica. Despues, sentado en la silla gestatoria, ha dado la vuelta por las naves de la basilica, volviendo á su palacio por la capilla del Santísimo Sacramento.

Hacia seis años que Pio IX no habia bajado á San Pedro. Esta circunstancia, acompañada de las pruebas de amor de los peregrinos españoles, le han afectado profundamente. Cuando, llevado en la silla gestatoria, recorria la basilica sobre aquellas oleadas de fieles que le aclamaban y bendecian, parecia un santo bajado del cielo en una ornacina de oro. En aquel rostro brilla la serenidad de su alma, inquebrantable á las tribulaciones y siempre resignada con la voluntad del Altísimo, á quien representa en la tierra.

Como decia á Vdes. ayer, todos los movimientos son en Pio IX graves y ma-

gestuosos. Sus actitudes oratorias son tales, que sin entender sus palabras, muchos fieles, sin verle la mayor parte, le comprendian hasta el punto de enternecerse y llorar, con sus expresiones dulces y patéticas. La recepcion que hoy se ha celebrado en el Vaticano dejará memoria, no solo en los peregrinos españoles, que no la olvidarán jamás, sino en estos augustos lugares santificados con las cenizas de los Pontífices y con las reliquias de los mártires.

Perdónenme Vdes. que hoy no sea más extenso. Es tarde y estoy fatigado. Suyo afectísimo compañero, M. P. V.

Roma, 17 de Octubre.

Mi querido amigo: La gran basilica de San Pedro, tan famosa en la Cristianidad por sus inmortales recuerdos y sus Santas reliquias, será en adelante para los españoles un monumento de amor y de gloria, por haberse celebrado en ella las dos grandes solemnidades de la presente Romería; la Comunion general del domingo, y la audiencia de Su Santidad, que tuvo lugar ayer con pompa inusitada en semejantes ceremonias. Puesto que he ofrecido á Vd. comunicarle mis impresiones en la Ciudad Eterna, no estará fuera de lugar que hoy dedique esta carta á hablarle de la famosa basilica, á cuyos grandes recuerdos debe unirse el de la primera peregrinacion española celebrada en este siglo. Al cumplir este propósito, creo inútil recordarle los nombres de los Pontífices y artistas que están grabados en su historia. Sin embargo, Nicolás V, Julio II, Leon X, Paulo III, Pio V, Sixto V, Paulo V, y Ale-

jandro VII supieron emplear tan admirablemente en esta obra gigantesca el talento de Bramante, de Rafael, de Miguel Angel, de Vignola, de Ligorio, de Maderno y de Bernini, que cuando el nombre de los Papas no apareciera, como aparece, radiante de gloria sobre el frontispicio de otros admirables monumentos de Roma, este solo bastaria para demostrar el celo con que los Romanos Pontífices han procurado el esplendor y brillo de las artes.

Sabido es que la primera impresion al entrar en San Pedro es desfavorable respecto á sus gigantescas proporciones. Yo, que tengo por el estilo gótico gran entusiasmo y que no puedo olvidar tampoco nuestras catedrales bizantinas, en una de las cuales he aprendido á orar, confieso á Vd. que al entrar en San Pedro he recibido una impresion muy desagradable. Necesita uno recordar que aquella espléndida basílica tiene una longitud de 575 piés y una altura su cúpula de 426, para creer que es aquella la iglesia más grande de toda la Cristiandad.

Es esto, segun unos, efecto natural del estilo greco-romano, cuyas líneas horizontales achican las distancias, á diferencia del gótico, donde las verticales dilatan hasta lo infinito las proporciones de los monumentos. Esta sola consideracion bastaria á mi ver para probar la superioridad que en el arte cristiano debe tener un género sobre el otro. El arte cristiano, inspirado en la idea de lo sobrenatural, elevándose hácia lo infinito en alas del divino amor, debe espresar en todas sus formas esa idea poderosa que hace de él un ministerio sagrado. En este pensamiento se inspiraron, sin duda, los artis-

tas de la Edad Media, y por eso las vastas ojivas que rasgan los muros de sus templos, como queriendo abrir á los ojos de los fieles las regiones sobrenaturales de lo infinito, causan en el ánimo una impresion profunda é indescriptible. Al entrar en una iglesia gótica, por pequeña que sea, los haces de columnas que soportan las altas bóvedas, los arcos rasgados que por todas partes se ofrecen á los ojos, las mismas bóvedas en arista que cierran el templo, de tal manera elevan la imaginacion, que como todo tiende hácia arriba, créese uno remontado á una esfera superior á la que habitamos en la tierra. Y como la accion de este influjo poderoso es tan eficaz para el alma cristiana, que columbra ya desde el mundo las bellezas superiores del cielo, el solo aspecto de una iglesia gótica es para los cristianos una oracion arrebatadora y sublime.

Pero este pensamiento, que es para nosotros, feligreses de Leon, Búrgos, Toledo y Sevilla, una cosa natural y corriente, no lo era para los artistas italianos en el siglo XVI, cuando el Renacimiento desplegaba á sus ojos los sorprendentes vestigios de Grecia y de Roma.

En los dos siglos anteriores, Lapo, Giotto, Orcagna y Brunelleschi habian inaugurado, ó mejor dicho, habian avivado la tradicion clásica, nunca borrada del suelo de Italia, y dando al estilo greco-romano nueva vida, le emplearon en las construcciones magnificas que el génio italiano erigia sobre las ruinas, á la sazón abiertas, de la antigüedad pagana. Cuando Nicolás V concibió el pensamiento de levantar un templo tan espléndido y grandioso que fuese como la re-

presentacion en la tierra de la Iglesia universal regida por los romanos Pontifices, lo confi6, como era natural, 6 los primeros artistas de Italia, los cuales fiaron 6 la extension y al ornato del estilo greco-romano la realizacion del pensamiento pontificio. De aqui las interminables lineas, los colosales miembros arquitect6nicos, la espl6ndida ornamentacion de San Pedro, sobre el cual se levanta la grandiosa reproduccion del gigantesco panteon de Agrippa, lanzado 6 los aires por el g6nio atrevido de Miguel Angel.

A pesar de su estilo y de su ornamentacion, bajo las b6vedas angustas de esta inmensa basilica he sentido profundas emociones religiosas y artisticas. Los recuerdos que despierta este suelo consagrado por la piedad de quince siglos, suelo bendito que guarda las reliquias de los Ap6stoles, y sobre el cual han pasado todos los sucesores de San Pedro, me han llenado y llenan 6 todas horas de indescriptible emocion, que en vano trataria de expresar en estas lineas. 6C6mo no sentir indecible emocion al recordar que aqui se levant6 en el primer siglo de la iglesia el humilde oratorio que los Papas Lino y Cleto consagraron al Pr6ncipe de los Ap6stoles, sepultado en su suelo? 6C6mo no enternecerme pensando que aqui Constantino erigi6 la gran basilica que durante los siglos medios recogió las oraciones de innumerables fieles, donde fué coronado emperador de Occidente Carlo-Magno, y donde reyes y pueblos bajaron la cabeza ante el sepulcro de los Ap6stoles y ante la c6tedra del maestro infalible?

Poco importa que el primitivo orato-

rio ya no exista, y que la basilica de Constantino se haya trasformado en iglesia del Renacimiento; la santidad y la grandeza de aquellos antiguos monumentos subsiste bajo las b6vedas de San Pedro, y bastan para infundir 6 estos frios mármoles el calor y la vida del sentimiento cristiano. De mí sé decir 6 usted, que cuando, reportado de mí primera sorpresa, he visitado esta gran basilica y he avanzado por su inmensa nave central para ir 6 postrarme como peregrino ante el sepulcro de los Ap6stoles, he sentido ensanchármese tanto el corazon y palpar con tanta violencia, que no parecia sino que iba 6 estallar dentro del pecho.

Ante aquella balaustrada circular de mármol, donde brilla como una aureola de estrellas la luz de más de cien lámparas de bronce, dominando la *Confesion* de San Pedro, esto es, la cripta donde se guardan sus reliquias y donde San Cleto erigi6 el primitivo oratorio, es imposible no conmoverse profundamente y no sentir toda la grandeza de aquel lugar regado con las lágrimas de diez y nueve siglos.

Verdad es que no hay nada que inspire tanto recogimiento, ni que eleve más el ánimo, como la presencia de un sepulcro pues parece que sobre él se columbra la imágen profética de nuestra resurreccion; pero si este sepulcro es el que guard6 tres dias el divino cuerpo del Salvador del mundo ó el que guarda hace diez y ocho siglos los cuerpos venerables de los primeros Ap6stoles, concíbese muy bien que la Cristiandad entera haya acudido en otro tiempo 6 postrarse ante su sagrada losa para apren-

CULTOS RELIGIOSOS.

der á vivir en las cátedras de la muerte. Postrado yo ante el sepulcro de San Pedro y San Pablo, con los ojos arrasados en lágrimas, he pedido á Dios, por la intercesion de sus Santos Apóstoles, el triunfo de la Iglesia, la salvacion de mi pátria y la salud espiritual y temporal de todas las personas amadas de mi corazon, para que á todas las vea reunidas en la bienaventuranza, en compañía de los justos, cuya gloria parece vislumbrarse desde este centro maravilloso de la Iglesia católica.

Prescindo, como Vd. ve, de describirle lo que Vd. conoce por las descripciones de sábios viajeros. Las magníficas tumbas, las colosales estátuas, los mosaicos asombrosos, los bronce, las columnas, los relieves de la basilica de San Pedro no pueden describirse ni en un volúmen en fólío. Para terminar esta carta que se va haciendo pesada, recojeré aquí las elocuentes frases con que un gran escritor católico, honra de Francia y amigo suyo segun creo, pintaba sus impresiones en la gran basilica del Vaticano. En *Le Parfum de Rome* de Luis Veuillot, que tengo á la vista, leo estas palabras, que recuerdo siempre que piso el pavimento de San Pedro: «La atmósfera de esta gran basilica, ese aire inalterable, grato y perfumado que no se respira en ninguna otra parte más que allí, nos recuerda incesantemente algunas de las circunstancias más solemnes de nuestra vida, resucita el perfume de nuestros mejores deseos, de nuestras más dulces lágrimas y de los sentimientos que más han honrado nuestro corazon. Todo esto nos enajena, nos embriaga, y sacándonos fuera de nosotros mismos, nos parece estar como inundados de alegría y de esperanza, y la alegría de la esperanza es ya la alegría del triunfo. Entonces esta vasta basilica toma á nuestros ojos todas sus colosales dimensiones y entendemos su lenguaje, porque es un poema: el poema de la Religion y de la victoria de Cristo.»

El dia de Todos los Santos, á las cuatro de la tarde, se rezará el Santo Rosario en la capilla del cementerio por un sacerdote encargado al efecto, y el dia de Almas, á las siete, darán principio tres misas.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y cuarto, misa conventual. Por la tarde, en la novena de San Rafael predicará D. José Carratalá, teniente cura de la misma, y el lunes D. Librado Carrillo, sacristan mayor. En las demas iglesias los oficios de costumbre.

Martes.—Vigilia y ayuno.—En la Colegial, último dia de la novena de S. Rafael, predicará D. Antonio Ibañez, canónigo de la misma. En las Agustinas, á las ocho, misa de renovacion.

Miércoles.—*Festividad de Todos los Santos*.—En la Colegial, á las nueve y media, misa conventual con sermon. Por la tarde, á las tres, oficio de difuntos. En Santa María, á las nueve, misa mayor. Por la tarde, á las cuatro y media, da principio el novenario de almas rezando el santísimo Rosario, seguirá la novena y terminando con un solemne responso. En la iglesia del Cármen, á las cinco, se rezará tambien la misma novena despues del Rosario. En la Virgen de Gracia será tambien el mismo ejercicio, al toque de oraciones rezando el rosario de difuntos, sermon que predicará D. José Carratalá, teniente cura de la Colegial, novena y solemne responso.

Se gana indulgencia plenaria confesando, comulgando y visitando la iglesia parroquial desde las primeras vísperas hasta la puesta del sol del dia siguiente.

Jueves.—La Conmemoracion de los fieles difuntos.—En la Colegial, á los nueve y cuarto, misa conventual: á las diez, misa de difuntos. En Sta. María, á las nueve, misa de difuntos. En la Virgen de Gracia, durante la misa del alba, se rezará el Santo Rosario de difuntos, y á las ocho se cantará otra de *Requiem*. Por la tarde predicará D. Vicente Morrell, teniente cura de la Colegial. En las Capuchinas, á las siete menos cuarto, misa de renovacion y por la tarde á las cuatro trisagio.

Viernes.—En las Capuchinas, á las ocho, *Comunion general*, y por la tarde, á las cuatro, el ejercicio del Sagrado Corazon de Jesus. En la Virgen de Gracia predicará de almas D. Rafael Amat, Pbro.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho, misa de renovacion. En la Virgen de Gracia predicará de almas D. Francisco J. Guimbeu, vicario de la misma.